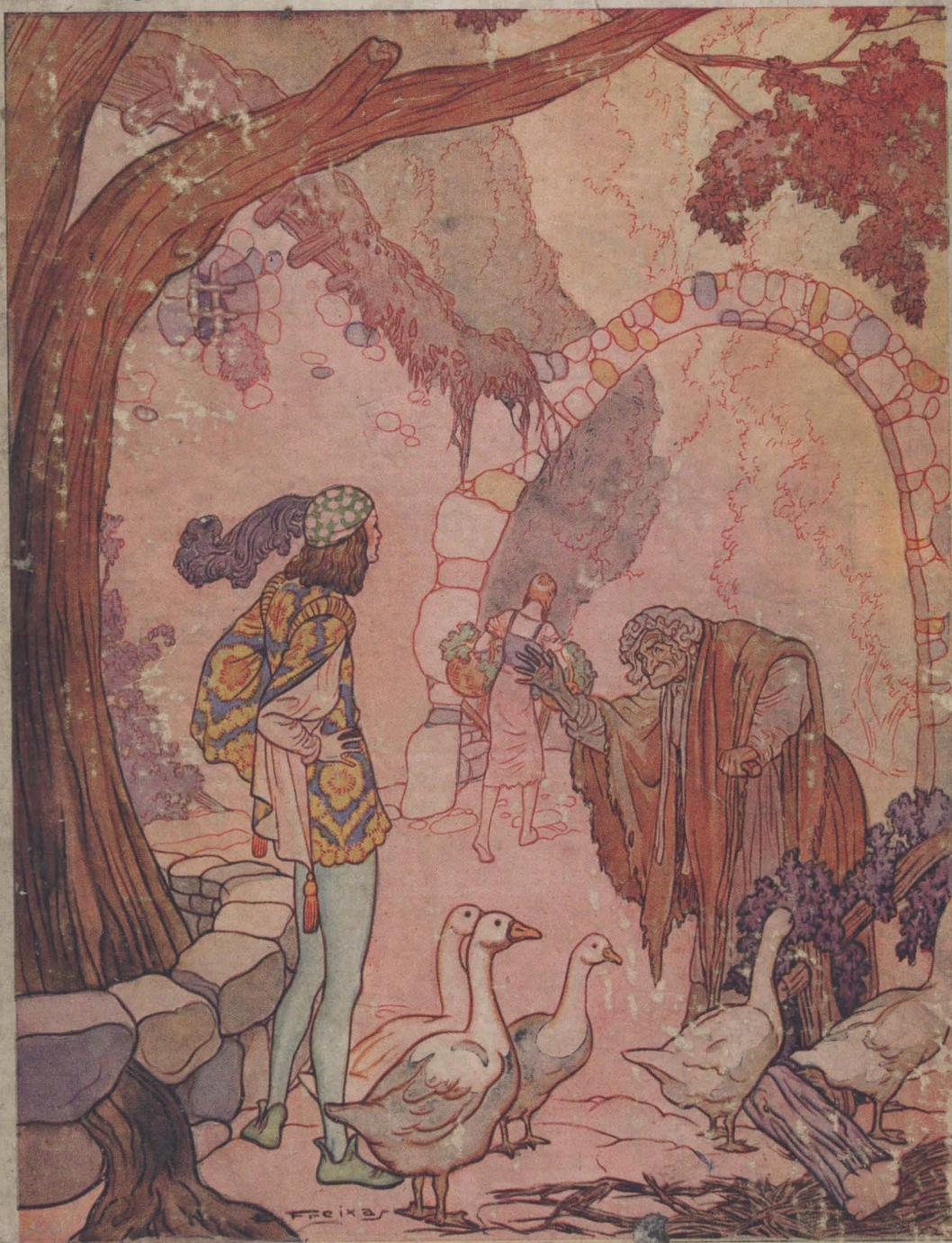


# LA VIEJA DE LOS GANSOS

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM



MIS PRIMEROS CUENTOS

753  
38



00074334



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



—¡ARRE! ¡ARRE!

# LA VIEJA DE LOS GANSOS

Cuentos de los HERMANOS GRIMM



Versión Española de JOSÉ MARIA HUERTAS

Dibujos de FREIXAS

COLECCION MIS PRIMEROS CUENTOS

RGEL 2 45

ARCELONA



BUENOS AIRES

GOROSTIAGA 1650



## MIS PRIMEROS CUENTOS

### PUBLICADOS

- 1 - Blancanieves
- 2 - Ali Babá y los Cuarenta Ladrones
- 3 - La Cenicienta
- 4 - Barba Azul
- 5 - Pulgercito
- 6 - Aladino o La Lámpara Maravillosa
- 7 - El Agua Milagrosa
- 8 - Los Tres Pelos del Diablo
- 9 - El Rey Cuervo
- 10 - Caperucia Roja
- 11 - La Vieja de los Gansos

PRECIO DE CADA TOMO \$ 1.50

PRIMERA EDICION: JUNIO DE 1939

Es propiedad en lo referente a los derechos en español  
de la presente versión e ilustraciones

Copyright, 1939 by EDITORIAL MOLINO

Impreso y editado en Buenos Aires (Argentina) - Printed in Argentina

TALLERES GRAFICOS DE EDITORIAL MOLINO BUENOS AIRES



**D**UES, señor, en una linda casita, perdida entre montañas, vivía una mujer muy anciana. Una de aquellas mujeres tan ancianas que suelen aparecer siempre en los cuentos.

La de nuestra historia era de lo más viejecita que os podéis imaginar y tenía una enorme narizota, tan encorvada, que se hubiera dicho que iba a juntársele con la barbilla . . .

Esa anciana vivía en su casita sin otra compañía que la de unos cuantos gansos, a los que quería muchísimo y por los que siempre andaba trabajando.

En efecto, todas las mañanas, en cuanto apuntaba el día, la anciana abandonaba su casita y se dirigía a un bosque cercano, donde se pasaba horas y horas, recogiendo cuanto encontraba para alimentar a sus gansos, que eran muy tragones . . . Arrancaba hierbas, recogía piñones y bellotas y en fin, buscaba muchas cositas que

eran golosinas para los animalitos, y no paraba hasta haber llenado con todo ello, un enorme saco que llevaba consigo con tal propósito.

¿Y os imagináis que la viejecita quedaba rendida después de tanto trabajar? Pues estáis equivocados. A pesar de sus años, aun le sobraban fuerzas para echarse al hombro el enorme saco y emprender a buen paso el regreso por el camino que conducía a su casa. Viéndola andar con tanta soltura, se hubiera dicho que no le pesaba la carga.

No os podríamos decir por qué, pero los habitantes de la comarca temían tropezarse con la vieja de los gansos. Raros eran los que se detenían a charlar con ella. En su mayoría evitaban encontrarla, aun cuando el hacer tal cosa, significase tener que dar un largo rodeo.

En el país corrían voces de que era una bruja, y bastaba mencionar su nombre para que se atemorizaran los niños.



**E**RA una mañana de hermoso sol. Los pájaros se sentían felices de vivir y desde las ramas de los árboles cantaban alegremente. La naturaleza aparecía cubierta de sus galas más hermosas.

Un elegante y apuesto mancebo acertó a pasar por el bosque donde, como siempre, trabajaba la vieja de los gansos. Parecía un noble caballero y realmente lo era.



SE PASABA HORAS Y HORAS RECOGIENDO CUANTO ENCONTRABA

Al dar la vuelta a un recodo del caminito que seguía, nuestro joven vió, en un claro del bosque, a la anciana que estaba inclinada sobre su gran saco lleno de hierba y otra comida para sus gansos. Trataba de atarle la boca.

No lejos de ella, hallábanse dos grandes cestas que rebosaban de frutas silvestres.

—Buenos días, abuela—la saludó el joven.

—Buenos días, caballero—contestó la viejecita, volviendo la cabeza.

—Hermoso día, ¿no os parece?—prosiguió el mancebo, después de una corta pausa y al mismo tiempo que cogía una manzana caída en el suelo.

La anciana que había vuelto a su tarea de atar la boca del saco respondió brevemente:

—Muy hermoso.

El caballero hincó el diente en el fruto y luego preguntó:

—¿Pero vais a llevar vos sola esa carga?

—¿Y quién queréis que me la lleve? Soy muy pobre y los pobres no podemos dejar de trabajar, aun cuando nos encorve el peso de los años.

El joven, mientras comía su manzana, agitó la cabeza como muestra de condolencia.

La vieja de los gansos lo advirtió y se apresuró a decirle:

—¿Por qué no me ayudáis vos esta mañana? Sois joven y robusto, y este saco no os pesará mucho. Además, mi casa no está lejos. Al otro lado de esos árboles, en la cima de aquella colina.

El joven caballero tiró la manzana y avanzó hacia la viejecita.



—¿PERO VAIS A LLEVAR VOS SOLA ESA CARGA?

—No tengo inconveniente en ayudaros, abuela—afirmó riendo.

—Muy bien—declaró la anciana, que había concluído de atar la boca del saco.

Se enderezó, después de tomar su báculo del suelo. Y apoyándose en él, miró curiosamente al apuesto caballero que se ofrecía para llevarle la carga.

—¿Quién sois?—preguntó al fin.—Porque ya veo que no hablo con un campesino.

—Soy el hijo del conde—respondió su interlocutor.—Pero quiero probaros, abuela, que no es preciso ser un rústico para ayudar a una anciana a llevar un saco de hierba.

—¡Jum!... Conque el hijo del conde, ¿eh? Bueno, pues si sois tan amable, os agradeceré mucho que carguéis con el saco. He de confesar que hoy me siento más fatigada que otros días.

Avanzó el hijo del conde unos pasos, cogió el saco de hierba y lo enderezó, para cargárselo.

Fué entonces que la vieja advirtió:

—Quiero haceros saber una cosa; que a pesar de que mi casa está cerca, con la carga que llevaréis, lo menos vais a tardar una hora en llegar a ella.

Esto pareció desanimar al joven. Pero la anciana no le dió tiempo a que se volviera atrás en el ofrecimiento que había hecho.

En efecto, apenas hubo dicho las anteriores palabras, tomó el saco de hierba y con sorprendente esfuerzo, dada la edad que aparentaba, lo echó a la espalda del hijo del conde. Y no contenta con esto, aun le colgó las dos cestas de fruta, una en cada brazo.

El joven caballero que no estaba acostumbrado a



—LO MENOS VAIS A TARDAR UNA HORA EN LLEGAR A MI CASA

llevar el menor peso, creyó que no iba a poder resistir el que ahora tenía encima.

—¡Demonio!—barbotó.—Esto pesa más de lo que yo creía. Este saco en lugar de hierba parece contener plomo. Y las cestitas además.

Y hablando así, intentó tirar la pesada carga.

La vieja de los gansos se mofó:

—¡Ah, vamos! —dijo. — Todo era de boquilla, ¿eh? Ahora resulta que todo un joven como vos, tiene menos fuerza que yo, que soy una débil vieja . . . a pesar de la debilidad de mis años . . . ¡Bah! ¡Noble tenías que ser! Prometéis mucho para no cumplir nada.

Nuestro joven la escuchaba avergonzado.

A continuación la vieja habló así:

—Pues esta vez haréis honor a vuestra palabra. ¿Oís? ¡Vamos! ¡Andad ya! ¡Moved las piernas! Si queréis quitaros la carga que lleváis encima, procurad llegar cuanto antes a mi casa. Antes no lo podréis lograr.

Así era, realmente. El hijo del conde advirtió que le era imposible librarse del saco y de las cestas. Todo ello parecía haberse incrustado a su cuerpo.

Echó, pues, a andar con el mal humor que es de suponer. Al principio no caminó tan mal como creyera, pero al llegar al pie de la montaña, donde se hallaba la casita de la vieja de los gansos, el joven estaba rendido y con la frente y el cuerpo bañados en sudor.

—¡No puedo más —barbotó. — Quiero descansar un poco.

—Ya lo haréis, luego, en mi casa—manifestó la implacable vieja.—Allí podréis reposar cuanto os plazca. Pero ahora debéis subir cuanto antes a lo alto de esta colina.



—¡NO PUEDO MAS! — BARBOTÓ

—¡Pues no la subiré!—gritó el enfurecido mancebo, al tiempo que trataba de librarse de la odiosa carga.

Pero el intento fué vano. Saco y cestas resistieron tercamente a sus obstinados esfuerzos y sacudidas, que la vieja coreaba con grandes carcajadas.

Al fin ésta le aconsejó:

—¡Calmaos, señor vizconde! Y sobre todo no os enfadéis, porque os afea mucho el ceño y los ojos que ponéis. Además, no habéis de lograr nada con ello. Os lo repito, calmaos, y llevad vuestra carga con resignación. Si lo hacéis, prometo daros una recompensa que os gustará.

¿Qué recurso le quedaba al burlado joven? Se resignó, pues, y comenzó a subir la montaña, tardando más de media hora en llegar a la cumbre.

Al llegar allí casi no podía con su alma. Sin embargo, viendo a corta distancia la casita de la vieja de los gansos, el vizconde pareció cobrar nuevas fuerzas y, venciendo su gran fatiga, apresuró el paso cuanto pudo. Quería llegar a la puerta de la casa lo antes posible. ¡Y quitarse de encima la maldita carga!

Mas, de repente, la extraña anciana, merced a una corta carrerita, se acercó al fatigado joven y dando un salto, quedó sentada encima del saco de hierba.

El desgraciado vizconde casi se cayó de rodillas. Su terrible carga había aumentado grandemente. La maldita vieja, a pesar de estar tan flaca, pesaba enormemente. . . .

Quiso pararse, siquiera para respirar, y la cruel anciana le golpeó una y otra vez, en tanto gritaba:

—¡Arre, arre!

Y quieras que no, hubo de seguir andando. . . .



UNA TOSCA CAMPESINA TAN FEA QUE DABA MIEDO MIRARLA



INALMENTE, llegaron al cercado de la casa. Entonces salieron de dicho cercado los gansos que la vieja cuidaba. Parecía que acudían a recibirla y que le daban la bienvenida con sus horribles graznidos, al tiempo que alargaban el cuello y batían jubilosamente las alas.

En pos de los gansos, apareció una tosca campesina, tan fea, que daba miedo mirarla.

La muchacha aquella se dirigió a la anciana, anhelante:

—¿Cómo habéis tardado tanto, madre? Creía ya que os había ocurrido algo.

—¡Bah, tontuela!—respondió la vieja.—Pues ya ves que no me ha sucedido nada. Al contrario, he tenido suerte—agregó.—Me encontré con este gentil caballero que ha sido muy amable conmigo. No sólo me ha traído la carga, sino que me ha hecho subir encima de ella para que no me cansara. Y claro, el camino se me ha hecho muy corto, aparte de que hemos venido conversando todo el rato.

¿Qué os parece si era embustera la vieja aquella?

En fin, luego de decir tal serie de mentiras, bajó, merced a un salto, de encima de la carga que llevaba el agobiado vizconde. A continuación, le quitó el saco y las cestas, y, por último, le dijo:

—Habéis sido muy bueno, amigo mío. Os prometí una recompensa y os la daré gustosa. Pero, entretanto, sen-



...Y NO TARDÓ EN SER VENCIDO POR EL SUEÑO

taos en ese banco y reposad, que apenas si os podéis mantener de pie.

En seguida, volvióse hacia su hija y le ordenó:

—¿Qué haces ahí tú, todavía? Anda a meterte en casa. Eres joven y muy hermosa. El vizconde podría prendarse de ti.

Pese a la fatiga y al enfado que sentía por lo sucedido, el vizconde hubo menester de toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír.

¡Vamos!... Suponer que él pudiera enamorarse de la monstruosa hija de la vieja de los gansos. ¡Tenía gracia la idea!

La joven se apresuró a obedecer y tras ella fué la anciana, luego que hubo acariciado uno tras otro a todos los gansos que acudieron a recibirla.

Así que la vieja hubo entrado en la casita, el joven caballero buscó asiento en el banco, que se hallaba a la sombra de un tilo.

Los gansos, que al principio le rodearon, se cansaron, al fin, por lo visto, de permanecer a su lado. En efecto; con su patoso andar, se dirigieron a un pequeño estanque, que se veía allí cerca y alimentaba un arroyuelo.

El aire perfumado que embalsamaba el ambiente y el profundo silencio reinante, parecieron mecer al joven caballero, que sintió que se apoderaba de él una gran somnolencia.

Y no tardó en ser vencido por el sueño. El pobre estaba molido. Jamás se había cansado tanto como aquel día.

Le despertaron las palabras de la vieja de los gansos, que le sacudía el hombro, sin grandes miramientos.

—¡Eh, caballero!—le gritó, cuando, al fin, el vizconde

abrió los ojos.—Es hora de que os levantéis para marcharos. Y será preciso que os apresuréis, si deseáis llegar al pueblo, antes de que cierre la noche.

El joven miró en torno suyo y advirtió que, efectivamente, el sol iba hacia la puesta.

—No puedo ofreceros hospitalidad—prosiguió la anciana;—pero sí os pagaré el favor que me habéis hecho. Tomad esto, que os compensará sobradamente.

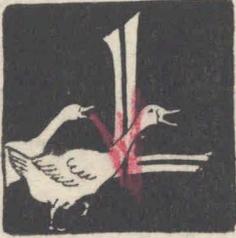
Y le tendió una especie de estuche, formado por una gran esmeralda. En su interior había un par de perlas maravillosas.

El vizconde no se hizo rogar, y aceptó el regalo. A continuación se puso en pie, notando, con sorpresa, que todo su doloroso cansancio había desaparecido por completo.

En seguida, se despidió de la vieja de los gansos; pero ni siquiera tuvo la ocurrencia de preguntar por su hija.

Bajó la pendiente de la colina a buen paso, no tardando en internarse por entre los árboles del bosque. Desgraciadamente, equivocó el sendero y estaba ya muy cerrada la noche, cuando llamaba a la puerta de la humilde cabaña de un carbonero, al que le pidió un rincón para pasar la noche.

Al romper el alba, el vizconde volvió a internarse en el bosque, afanoso por salir de él. Mas aun hubieron de transcurrir tres días; antes no lo consiguió. Y aun entonces hallóse con que había ido a parar a la parte opuesta del punto por donde entrara en aquel bosque extraordinario.



A curiosidad hizo que nuestro joven vizconde siguiera andando; luego le encantaron las bellezas que descubrían sus ojos, por los lugares que pasaba.

Finalmente, llegó a una pequeña aldea, donde reposó y supo que no se hallaba lejos de la capital de aquel desconocido reino.

Al punto, el vizconde decidió ir a dicha capital, a fin de ofrecer sus respetos a los soberanos reinantes.

Una vez en el palacio real, le fué fácil conseguir audiencia y a poco era llevado a presencia de Sus Majestades, que le recibieron en el salón del trono.

El joven hizo una gran reverencia al hallarse ante la real pareja, y a continuación puso una rodilla en tierra para ofrecerles el presente que les llevaba, de acuerdo con la vieja costumbre que regía la etiqueta de aquellos tiempos. Este regalo había decidido el vizconde—puesto que no tenía otra cosa—que fuera el estuche de esmeralda que le regalara la vieja de los gansos.

La reina agradeció con una sonrisa el obsequio que les hacía el noble viajero. Luego hizo una seña a un caballero de su séquito para que lo tomara de manos del vizconde y se lo entregase.

Mas tan pronto la soberana abrió el estuche y contempló las dos perlas que encerraba se puso densamente pálida y acabó desmayándose, ante la general sorpresa y consiguiente trastorno de toda la corte.



—TOMAD ESTO QUE OS COMPENSARÁ SOBRADAMENTE

El rey fué el primero en recobrase. Era hombre de genio arrebatado y prontas decisiones.

—¡Capitán de mi guardia!—gritó enfurecido.—¡Ordenad a vuestros arqueros que prendan a este advenedizo!

Al momento fué obedecido y el asombrado joven vióse arrastrado por cuatro soldados, que a empellones lo llevaron a los sótanos del palacio, hasta dejarle encerrado en un húmedo y oscuro calabozo.

Por fortuna, tan injusto encarcelamiento fué de escasa duración.

En efecto, tan pronto la reina volvió de su desmayo, pidió anhelosa:

—¡Deseo ver al vizconde que trajo este estuche!

—¡Está a buen recaudo, señora!—declaró el rey.

—¿Qué queréis decir, esposo mío?

—Que le hecho encarcelar, puesto que ha sido la causa del grave trastorno que habéis sufrido.

—¡Pero si no ha sido él, sino lo del estuche!—protestó la soberana.

—¿Acaso no ha sido ese vizconde su portador?—gruñó su real esposo.

—Sí; pero... En fin, ¡quiero verle!—determinó la afligida reina.

—¡Cómo, señora esposa! Luego que...

—¡Señor!—atajó la soberana, sin parar mientes que quitaba la palabra al rey, lo que era un grave desacato a las reglas de la corte.—¡Señor! ¿Habéis visto lo que contiene el estuche?

—¿Eh? ¡Ejem!... Pues... No, desde luego...

La reina tomó el estuche del almohadón que sostenía un paje y se lo tendió abierto a su sorprendido esposo.



...LLAMABA A LA PUERTA DE LA CABAÑA DE UN COLONO

Este miró lo que contenía, presa del mayor estupor y con evidente trastorno.

Cuando al fin habló, lo hizo con voz temblorosa:

—Haced lo que queráis, señora mía... Creo que, como siempre, obraréis bien.

—Gracias, señor esposo. Rogad que lleven a ese joven a mi cámara.

El rey besó la mano a su real compañera y se inclinó, con los cortesanos, cuando la afligida dama abandonó el salón del trono.

Poco rato después, el sorprendido vizconde, que había sido sacado de su calabozo, se hallaba ante la soberana.

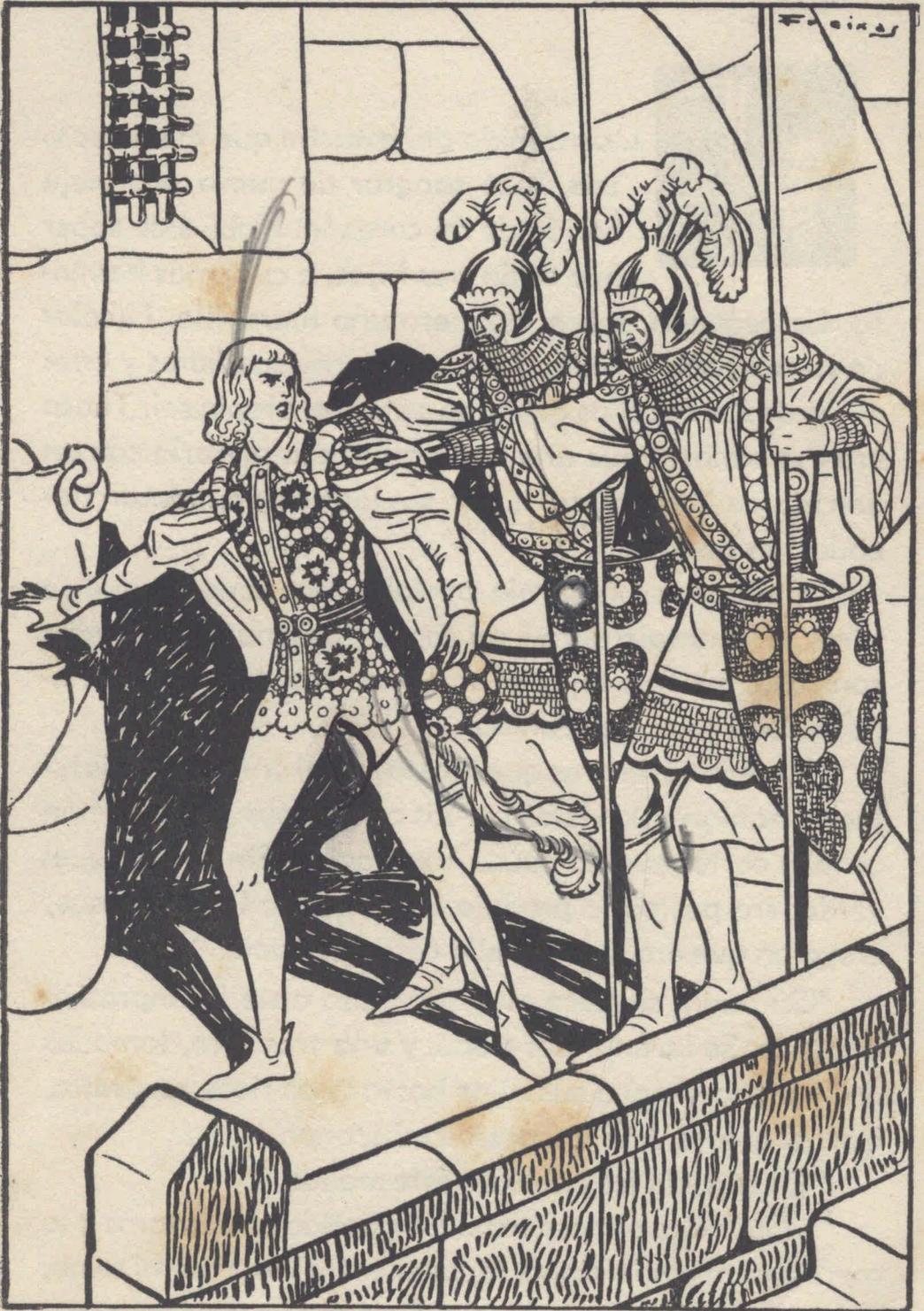
Esta había hecho salir a sus damas de la estancia, en cuanto el capitán de la guardia anunció que en la antecámara aguardaba el prisionero, custodiado por dos arqueros.

—Caballero—dijo la reina, que tenía el rostro cubierto de lágrimas,—deseo pedir os un servicio, que espero no me negaréis.

—Majestad—respondió el joven, haciendo una reverencia.—Si ello ha de secar vuestro llanto, pedidme cuanto de mí dependa.

—¡Ay! ¡Pluguiera a Dios que lograrais secarlo!—gimió la dolida dama.—En fin, oídme: voy a deciros lo que ha motivado mi desmayo. Entonces veréis lo que deseo saber.

Hizo una corta pausa, y empezó así:



... A EMPELLONES LO LLEVARON A LOS SÓTANOS



El contenido del estuche que me ofrecisteis, hizo sangrar de nuevo una vieja herida de mi corazón. Habéis de saber que tenía tres hijas, a cual más hermosa. La pequeña, sobre todo, era una maravilla. El color de su tez daba envidia a las más hermosas flores y ante el oro de sus cabellos quedaba pálido el propio sol. Tanta era esa belleza, que una hada quiso completarla con un don maravilloso: que al llorar, sus lágrimas quedaran trocadas en perlas.

“Cuando esa hija mía contaba escasamente quince años, se le antojó al rey, mi esposo, ordenar que acudieran nuestras tres hijas al salón del trono, donde se hallaba toda la corte reunida.

“Quiero advertiros que, hasta aquel entonces, mis hijas no habían sido vistas por los cortesanos. Su aparición ante la corte reunida causó admiración. Sin embargo, el verdadero pasmo lo produjo la menor de las princesas; creyeron que era una estrella caída del cielo.

“Su padre sintióse muy orgulloso ante la impresión causada. Se levantó del trono, y una tras otra, tomadas de la mano, llevó a sus hijas hasta unos ricos taburetes, que, al efecto, había mandado disponer.

“En seguida les habló de este modo:

“—Queridas princesitas... He querido presentaros a la corte y, al mismo tiempo, repartir entre vosotras mi reino, que heredaréis cuando muera. Bien sé que me amáis mucho las tres; pero deseo saber cuánto me queréis cada

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



—POR ESO OS COMPARO A LA SAL Y A LOS MANJARES



—HABÉIS DE SABER QUE TENIA TRES HIJOS

una. La que más cariño dé a entender que me tiene, esa será la que posea la mayor parte del reino.

"A mí no me agradó lo que quería hacer mi dueño y señor; mas callé por el respeto que le debía. Los cortesanos, en cambio, no disimularon el gran interés que el suceso despertaba en ellos.

"—Majestad—dijo, al fin, la mayor de las princesas,—os amo más que a los ricos dulces que tanto me gusta comer.

"—¿Y tú, princesita?—preguntó el rey a mi segunda hija.

"—¿Yo? Pues tanto como el mejor, más rico y elegante de mis vestidos.

"—Ahora tú, pequeña.

"Pero la menor de mis hijas siguió callada.

"El rey insistió.

"—Vamos; contesta ya. ¿Cómo me quieres?

"—No sé qué decir, señor—contestó la pobrecilla.

"—¿Cómo que no sabes?

"—Es que, señor y padre mío, os quiero tanto, tanto, que no sé con qué compararlo, que se pueda medir a ese gran amor que os tengo.

"—¡Pues yo deseo que lo hagas!—insistió su padre, ya impaciente.

"El tono autoritario del monarca, aumentó el azoramiento y la vacilación de mi princesita. Mas al fin, habló.

"—Padre mío....—comenzó.—Ya he dicho que no sé cómo deciros cuantísimo os quiero. Por eso—agregó en seguida, al advertir un gesto de enfado en mi real esposo,—os comparo a la sal y a los manjares...

"—¡¡Cómo!!—saltó el rey.

"—Dejadme proseguir, señor—dijo mi hijita.—Os com-



—OS AMO MÁS QUE A LOS RICOS DULCES QUE TANTO  
ME GUSTA COMER

paro a los manjares más delicados, que no tienen valor alguno si están faltos de sal. Por eso os quiero como a la sal.

"Mi esposo quedóse silencioso. Mas por el ceño fruncido que tenía y por lo rojo que aparecía su rostro, me dí cuenta que estaba lleno de indignación.

"Quise intervenir para desviar su cólera, que temía. No me dió tiempo.

"—¡Desdichada!—tronó, antes que yo pudiera proferir una palabra.—¡Te has atrevido a faltarme al respeto!

"En su furor se había puesto en pie.

"Y continuó:

"—¡Atreverte a compararme con la sal! ¿Ese es tu cariño? ¡Apártate de mi vista!... ¡Con la sal!... Yo te daré tanta que no vas a poder con ella.

"Mi pobre hija abandonó el salón del trono, presa del mayor miedo.

"Y aun no contento el rey con el susto que le diera, agregó:

"—¡Y el reino lo repartiré entre tus dos hermanas!

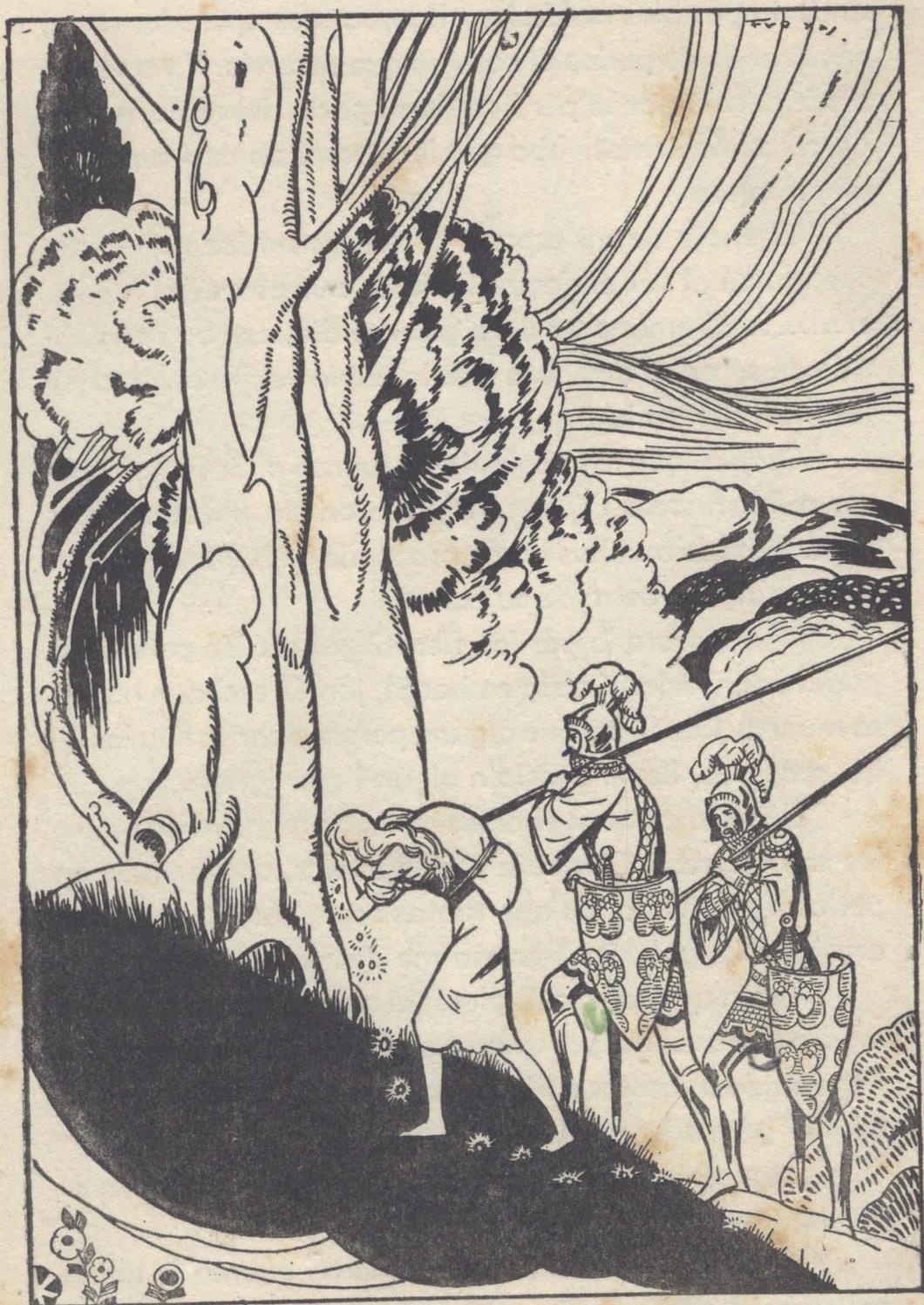
Aquí la reina hizo una corta pausa, pues las lágrimas y el dolor la ahogaban.

Cuando se hubo calmado un tanto, prosiguió:

—Como es de suponer, al momento intercedí por mi desgraciada hija. Pero no parecía sino que mis súplicas y lágrimas enconaban más y más el enfado del rey.

"Y pese a todos mis esfuerzos, media hora después mi pobrecita hija era arrojada de palacio. Sobre sus delicadas espaldas iba atado un enorme saco de sal.

"De orden del rey la pobrecilla fué conducida hasta lo más intrincado del bosque que se halla al límite de este reino.



DE ORDEN DEL REY, LA POBRECILLA FUÉ CONDUCTIDA HASTA  
LO MÁS INTERNADO DEL BOSQUE

"Y mi desgraciada hija, en tanto era llevada entre unos impasibles soldados, lloraba desesperadamente, sembrando de perlas el camino que recorría. Y no vertía sus lágrimas por la pérdida de su parte del reino, no. Su desconsuelo lo motivaba que la separaban de sus padres y hermanas.

"El enojo de mi esposo, el rey, esfumóse por la noche, quizá al ver el desconsuelo de mis otras dos hijas y el mío. Y al amanecer del siguiente día, estaba arrepentido de su cruel arrebató que le había hecho conducirse tan mal con su hija.

"Ordenó que cien caballeros fueran al bosque a buscar a la princesa. Y éstos regresaron sin novedad, tras haber pasado muchas horas, tratando de hallarla en persona, o algún rastro de su paso.

"¿Fué devorada por las fieras? ¿Murió de pena? No pudimos saberlo. Yo, sin embargo, jamás creí que hubiera muerto. Confié en que alguna persona caritativa la había recogido, llevándosela a algún lugar ignorado.

"El estuche que me habéis ofrecido reanima en mí tales esperanzas. ¡Contenía dos lágrimas, convertidas en perlas, igualitas a las que tantas recogimos cuando fué arrojada de palacio! Por eso me desmayé.

"Ahora un ruego, caballero; el que supondréis de una madre que suspira por una hija perdida. Decidme cómo han venido a vuestro poder esas perlas.. ¿Queréis complacerme? ¿Acceder a mi ruego?

—Estoy a vuestras órdenes, Majestad—respondió el joven.

Y al punto, explicó detalladamente cuanto le había ocurrido desde que se encontrara con la vieja de los gansos.



AL DIA SIGUIENTE SALIA DE LA CAPITAL LA REGIA COMITIVA

—A mi entender, esa anciana debe ser una bruja—terminó el vizconde, al dar fin a su relato.

—¿Pero visteis a mi hija?—interrogó ansiosamente la reina.

—No; ni a nadie que se pareciera a la princesita.

A pesar de esta respuesta, la soberana decidió ir en busca de la vieja del bosque. Confiaba en que si no otra cosa, por lo menos la anciana aquella sí le podría dar alguna indicación de las perlas lloradas por su perdida hija.

El rey no se opuso a sus deseos, sino que quiso formar parte del grupo que iba a intentar hallar a la anciana.

Y en efecto, al día siguiente, salía de la capital la regia comitiva. La mandaba nuestro vizconde, en calidad de guía.



**U**NOS tres días más tarde, hallábase la viejecita de los gansos hilando a la puerta de su cabaña. Era ya al atardecer, cuando vió llegar corriendo, como espantados, a los gansos que tan amorosamente cuidaba y hacía cuidar. Iban las asustadas aves correteando de un lado a otro, dando constantes graznidos.

En pos de ellos seguía la muchacha que ya conocemos. Le costó un poco reunir a los temblorosos animales, mas, al fin, logró recluirlos en el sitio acostumbrado.

Seguidamente, cual si el pánico demostrado por las aves no significara nada, la muchacha se sentó junto a la anciana y se puso también a hilar.



EN VEZ DE LA ZAFIA Y HORROROSA LUGAREÑA, SURGIÓ UNA  
MUCHACHA TAN MARAVILLOSAMENTE BELLA

1910

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

Y sin cruzar palabra, ambas mujeres permanecieron trabajando durante más de una hora, hasta el momento en que oyeron dar tres golpes en la ventana.

Ambas alzaron la vista y distinguieron un buho. El era quien diera los golpes con el pico. Y no contento con tal aviso, aun graznó:

—¡Guac! ¡Guac! ¡Guac!

La vieja entonces puso a un lado el huso y la rueca, diciendo misteriosamente:

—Ya llegó lo que hace tanto tiempo espero. Vamos, hija mía, deja la labor.

La joven obedeció al punto, dejando a su vez el huso y la rueca.

—Ve a la fuente y lávate—siguió diciendo la vieja.—Ya es de noche.

Siempre silenciosa, la muchacha abandonó la casa y, a través de la espesura que rodeaba a aquélla, encaminóse a una fuente que había próxima a los linderos del bosque, y que hallábase rodeada por tres soberbios robles.

Era aquella una noche clarísima, y en el cielo brillaba una hermosa luna.

La guardadora de gansos fué a sentarse en una piedra, que había junto a la fuente. En seguida empezó a quitarse una especie de piel postiza que le cubría su verdadero rostro.

Después, inclinada en la fuente, procedió a lavarse cuidadosamente su propia cara.

Cuando, al fin, apartó sus manos del rostro, en vez de la zafia y horrorosa lugareña, surgió una muchacha tan maravillosamente bella, que ni en sueños era posible imaginarla más hermosa. El color de su tez daba en-

vidia a las más lindas flores y ante el oro de sus cabellos, hubiera quedado pálido el mismo sol.

Después de aseada, la joven volvió a sentarse en la misma peña donde lo hiciera antes. Allí quedóse cavilosa, como abismada en tristísimos pensamientos. Y por fin rompió en amargo llanto. ¡Y sus lágrimas corrían incesantes por sus mejillas y caían a tierra convertidas en perlas!

De repente, oyóse un fuerte crujido entre las ramas de los árboles que rodeaban la fuente. Nuestra hermosa joven se sobresaltó mucho.

Al punto ocultó su rostro tras la piel que tan espantosamente desfiguraba su real hermosura. Y en seguida echó a correr. La luna—quizá queriendo proteger la fuga—ocultóse en aquel momento detrás de una espesa nube, quedando todo el bosque sumido en la mayor obscuridad.

Cuando, al fin, la asustada joven llegó a la choza que habitaba la anciana, su terror había llegado al colmo.

Y cuando se repuso un poco, se apresuró a decir a la vieja de los gansos.

—¡Madre!, ¡Creo que alguien me ha visto sin la mascarilla!

—No importa. Cálmate—repuso la anciana, sonriendo.—Ya sé lo que te ha ocurrido.

Entonces se fijó la joven en que la vieja de los gansos tenía la escoba en la mano.

—Pero, madre—dijo sorprendida—, ¿por qué barres la casa a estas horas? Casi es medianoche.

—Cierto, casi es medianoche. Pero recuerda también que hoy, a esa hora se cumplirán justamente los tres



—¡GUAC! ¡GUAC! ¡GUAC!

años del día en que llegaste a esta cabaña. Y se acerca el momento en que nos separaremos.

—¡Madre! ¿Qué decís?—exclamó la muchacha, con dolor.—¿Será posible que penséis en abandonarme? ¿Habéis olvidado que lo sois todo para mí? ¿Hogar y familia? ¿Dónde queréis que me refugie? ¿Quién cuidará de mí? ¿Tenéis alguna queja? He procurado hacer lo mejor posible cuanto me habéis mandado. Además, si yo no os importo, pensad en vuestros gansos. ¿Qué será de ellos si no les cuido? Vendrán las zorras y los devorarán.

La anciana acarició la cara de la dolida muchacha.

—No te inquietes, hija mía —le rogó. — No quedarás abandonada, sino todo lo contrario. Va a ser recompensada tu bondad y tu obediencia. Por eso, porque va a llegar algo, es por lo que quiero esta casita limpia y aseada, con cada cosa en su lugar. Yo voy a marcharme muy lejos de aquí. . .

—¿Y yo?

—Tú, nenita, debes ir a tu cuarto a quitarte esa horrible piel que oculta tu verdadero rostro. Luego, debes ponerte tus galas de seda, y cuanto llevabas al llegar a esta choza. ¡Anda, anda! Avísame en cuanto estés vestida.

Aun cuando tenía el corazón oprimido, la joven obedeció y se fué a su humilde habitación.

Tras ella, la vieja de los gansos, siguió barriendo con una sonrisa enigmática en su arrugado rostro.



NUESTRA HERMOSA JOVEN SE SOBRESALTÓ MUCHO



todo esto, el vizconde, los reyes y su séquito, hallábanse ya en el interior de aquel extraño bosque.

Hacía tres días que estaban extraviados, cuando el joven noble pidió y obtuvo permiso de Sus Majestades para internarse solo por entre aquellos añosos árboles, a fin de tratar de orientarse y hallar la casita de la vieja de los gansos.

Pero el bosque aquel era muy intrincado. Y después de dar muchos rodeos para uno y otro lado, el vizconde hubo de reconocer que había aumentado tanto su confusión que ni siquiera podía regresar adonde se hallaban los reyes.

Estuvo deambulando hasta que, al caer la noche, llegó hasta una hermosa fuente rodeada por tres árboles.

Tanto para librarse de las posibles acometidas de las fieras, como para orientarse un poco, el vizconde se encaramó al más alto de aquellos robles, ya que eso eran.

Desde su observatorio descubrió que se encontraba en los linderos del bosque y no muy lejos del lugar por donde penetrara en él, guiando a la regia comitiva.

Estaba tratando de dar con ella, gracias a la hermosa y clara noche que hacía, alumbrada por la luna, cuando, de pronto, advirtió que se aproximaba a la fuente una muchacha, en la que en seguida reconoció a la feísima guardadora de gansos.

La presencia de la joven alegró grandemente al vizconde, pues le indicaba que la casita de la vieja se hallaba cerca de allí.



—¿POR QUÉ BARREÍS LA CASA A ESTAS HORAS?

Ya se disponía a bajar para interrogarla, cuando descubrió algo tan sorprendente que le dejó como clavado en la rama donde se apoyaba: ¡La guardadora de gansos se quitaba la horrible piel que tanto afeaba su cara! ¡Y la feísima campesina quedaba convertida en la más hermosa joven que era posible imaginar!

El vizconde llegó a dudar de sus propios ojos y en su afán de convencerse de que no soñaba, se inclinó hacia adelante, de manera que se apoyó en otra rama, que estaba muerta y carcomida, y que bajo su peso se rompió con el mayor estrépito.

El estallido, cuyo ruido pareció aumentar considerablemente en el silencio de la noche, sobresaltó en gran manera a la bella joven, quien echó a correr, huyendo velozmente del lugar.

El vizconde, entonces, dejando de lado toda precaución, bajó velozmente. A toda costa quería seguir a la fugitiva, pero al llegar al suelo, ya no oyó el menor ruido que pudiera guiarle y, para colmo, en cuanto avanzó algunos pasos en la dirección en que viera a la joven, vióse envuelto en momentánea obscuridad, por haber quedado la luna oculta detrás de una nube.

A pesar de todo, siguió andando en la dirección que creyó mejor y, a poco, tuvo la suerte de tropezarse con los reyes y su séquito.

El monarca se alegró al verle.

—Estábamos inquietos por vuestra prolongada ausencia—afirmó.—Y como descubrimos una luz en esta dirección, la reina y yo determinamos ir hacia ella, para ver si obteníamos noticias vuestras y también por si, casualmente, era esa la cabaña que tanto nos interesa hallar.



...BAJO SU PESO SE ROMPIÓ CON EL MAYOR ESTREPITO...

El vizconde agradeció el interés de los soberanos y a su vez refirió lo que había presenciado.

Los monarcas no dudaron un momento. ¡Aquella joven tan bella era su hija!

Y ya sin vacilar, se dirigieron con toda rapidez hacia el punto donde seguía brillando la luz.



OCO tardaron en llegar a la casita que habitaba la vieja de los gansos.

Cerca de la cabaña vieron a dichos animales, que estaban profundamente dormidos, con la cabeza bajo el ala, y formando un círculo.

Los reyes y el vizconde se acercaron a la casita y al mirar, a través de los vidrios de una de las ventanas, vieron a la vieja, que estaba hilando, como siempre solía hacer.

Fue la reina quien se determinó. La consumía la impaciencia de abrazar a su inolvidable hija. Y así golpeó suavemente la ventana.

Entonces, la anciana se levantó, abrió la puerta de la casa y dijo, muy amable:

—Adelante, señores, adelante. Os esperaba.

—¿Que nos esperabais?—repitió el rey.

—Sí, sé quienes sois y a lo que venís—afirmó la extraña vieja.

Y agregó a continuación, encarándose con el monarca:



LOS REYES Y EL VIZCONDE SE ACERCARON A LA CASITA

—Ved si sé quien sois vos, señor, que os afirmo que podríais haberos ahorrado este largo viaje, si hace tres años no hubierais sido injusto y cruel. Porque sólo de injusticia y crueldad puede tildarse vuestra orden de abandonar en el bosque a una jovencita tan bella y buena como lo es vuestra hija. ¿Sabéis a qué ha tenido que dedicarse la pobre criatura? ¡A guardar gansos! Suerte que yo velaba por ella y además de toda su hermosura, conserva aún toda la pureza e inocencia de su alma.

El soberano mostrábase abochornado.

—¡Mi hija!—dijo entonces la reina con voz anhelante.

—Sí, os la voy a devolver, que mucho habéis sufrido por ella. Y el rey ya está bastante castigado.

Y la vieja, alzó la voz y gritó:

—¡Anda, hija mía! ¡Déjate ver!

Momentos después, descendía la princesa por la escalera. Apareció radiante de hermosura, en su traje de corte, bajo la cascada de sus cabellos rubios como el oro. Y en su rostro lucían deslumbradores los más bellos ojos que podáis imaginaros.

La gentil joven sólo estuvo un momento indecisa. Pronto se arrojó en los brazos de su madre, y luego en los de su padre que, pese a su realeza y a la corona que llevaba, no pudo por menos de verter lágrimas de alegría y arrepentimiento.

Pasados los primeros transportes de emoción, los hermosos ojos de la princesita se posaron en el apuesto vizconde que había motivado su dicha presente. Y no pudo por menos de ruborizarse: recordó la desdeñosa



...MOMENTOS DESPUÉS DESCENDÍA LA PRINCESA  
POR LA ESCALERA

actitud del joven cuando la vió hecha un monstruo de fealdad.

En aquel momento, habiendo vencido su emoción, el rey se lamentó.

—¡Ay, hija mía!—dijo.—¡Vas a ser una princesita pobre! ¡Cuán cruel fuí al repartir mi reino entre tus dos hermanas solamente!

Aquí terció la viejecita.

—¿Pobre vuestra hija?—exclamó.—¡Oh, no! Es dueña del inmenso tesoro de sus lágrimas. Muchas vertió durante estos tres años y yo se las recogí convertidas en perlas más preciosas que las que encierra el mar. Y no es esto solo. Yo recompenso los tres años que me ha servido, cediéndole esta casita. En lo hondo de la cueva, hallará tales riquezas que bastarían para comprarle todo un reino.

Apenas terminó de hablar, la anciana besó a la hermosa princesa y desapareció. Y casi en el mismo instante, hubo una especie de terremoto y la humilde casita quedó convertida en el más maravilloso palacio que jamás se viera.



¿UE sucedió después?

¡Uy lo que nos ha costado averiguarlo!... Pero como creíamos que os gustaría saberlo, nos hemos dado maña para descubrir, entre los papelotes, todas esas cosas.

Y así sabemos que la princesita hermosa se casó con



...Y LA HUMILDE CASITA QUEDÓ CONVERTIDA EN EL  
MÁS MARAVILLOSO PALACIO

el apuesto vizconde y ambos vivieron muy dichosos en el palacio que antes fuera humilde casita.

También sobemos quién era la vieja de los gansos. Y resulta que no se trataba de una mala bruja como la gente del país creía, sino de la misma hada buena que le concediera el don de que sus lágrimas se convirtieran en perlas.

¿Y los gansos?

¡Ah, los gansos! Pues mirad, no eran tales aves, sino jovencitas tontamente presumidas, llenas de vanidad, que habían sido convertidas en gansos, como castigo. Poco después de los sucesos que os hemos contado, fueron perdonadas, convirtiéndose en damas y doncellas de nuestra encantadora princesita.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



# CUENTOS

## Ilustración Sorpresa

Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo. Es el libro de cuentos convertido en juguete.

### Títulos en existencia

EL GALLITO DEL LUGAR  
POPEYE Y LA BRUJA DE LOS SIETE MARES

*Precio de cada tomo: \$ 2,30*

EL RATON MICKEY EN LA CORTE DEL REY ARTURO  
LOS ENANOS DEL BOSQUE Y EL REY NEPTUNO

*Precio de cada volumen: \$ 6.—*

Urgel 245 - Barcelona

Gorostiaga 1650- Bs. Aires

